

DE LA DEMANDA O MERCADO DE PRODUCTOS *

Jean Baptiste Say

Es muy común escuchar a los empresarios de las distintas ramas de la industria afirmar que su dificultad no radica en la producción sino en la disposición de los bienes; que los productos siempre existirían en abundancia, si tan sólo tuvieran una demanda o un mercado disponible. Cuando la demanda de sus productos es lenta, difícil y les reporta pocos beneficios, los empresarios sostienen que el problema es la escasez de moneda. El objeto supremo de sus deseos es una demanda lo suficientemente ágil como para acelerar las ventas y mantener los precios. Pero al preguntárseles cuáles son las causas y circunstancias que facilitan la demanda de sus productos, se advierte de inmediato que la mayoría tiene nociones muy vagas sobre estos temas; que su observación de los hechos es imperfecta, y su explicación lo es aun más; que toman por ciertos puntos que en realidad son dudosos; que a menudo claman por aquello que es directamente contrario a sus intereses, y que, en forma muy inoportuna, imploran que la autoridad les brinde una protección cuya índole es perniciosa.

Para poder formar conceptos prácticos, claros y correctos acerca de los mercados para los productos industriales, debemos analizar cuidadosamente los hechos más categóricos y más certeros, y aplicarles las conclusiones que previamente hayamos deducido a través de un procedimiento similar. Así, tal vez podamos llegar a descubrir relaciones nuevas e importantes que nos sirvan para esclarecer las opiniones de los agentes de la industria, y para dar confianza en las medidas de los gobiernos que están ansiosos por alentarlos.

Una persona que dedique su esfuerzo a invertir en objetos de valor que tienen determinada utilidad no puede pretender que otros individuos aprecien y paguen por ese valor, a menos que dispongan de los medios para comprarlo. Ahora bien, ¿en qué consisten estos medios? Son los valores de otros productos que también son fruto de la industria, el capital y la tierra. Esto nos lleva a una conclusión que, a simple vista, puede parecer paradójica: es la producción la que genera la demanda de productos.

Si un comerciante dijera: "No quiero recibir otros productos a cambio de mi lana; quiero dinero", sería sencillo convencerlo de que sus clientes no podrían pagarle en dinero si antes no lo hubieran conseguido con la venta de algún bien propio. Un agricultor podrá comprar su lana si tiene una buena cosecha. La cantidad de lana que demande dependerá de la abundancia o escasez de sus cultivos. Si la cosecha se pierde, no podrá comprar nada. Tampoco podrá el comerciante comprar lana ni maíz a menos que se las ingenie para adquirir además lana o algún otro artículo con el cual hacer la compra. El comerciante dice que sólo quiere dinero. Yo digo que en realidad no quiere dinero, sino otros bienes. De hecho, ¿para qué quiere el dinero? ¿No es acaso para

* Traducido de H. Hazlitt, *The Critics of Keynesian Economics*, New York, Arlington House, Publishers, 1977. Derechos cedidos por Henry Hazlitt.

comprar materias primas o mercaderías para su comercio, o provisiones para su consumo personal? ¹ Por lo tanto, lo que quiere son productos, y no dinero. La moneda de plata que se reciba a cambio de la venta de productos propios, y que se entregue en la compra de los de otras personas, cumplirá más tarde la misma función entre otras partes contratantes, y así sucesivamente. De la misma manera que un vehículo público transporta en forma consecutiva un objeto tras otro. Si no puede encontrar un comprador, ¿diría usted que es solamente por falta de un vehículo donde transportarlo? Porque, en última instancia, la moneda no es más que un agente que se emplea en la transferencia de valores. Su utilidad deriva de transferir a sus manos el valor de los bienes que un cliente suyo haya vendido previamente, con el propósito de comprarle a usted. De la misma manera, la próxima compra que usted realice transferirá a un tercero el valor de los productos que usted anteriormente haya vendido a otros. De esta manera, tanto usted como las demás personas compran los objetos que necesitan o desean con el valor de sus propios productos, transformados en dinero solamente en forma temporaria. De lo contrario, ¿cómo es posible que la cantidad de bienes que hoy se venden y se compran en Francia sea cinco o seis veces superior a la del reinado miserable de Carlos VI? ¿No es evidente que deben haberse producido cinco o seis veces más bienes, y que deben haber servido para comprarse unos a otros?

Por lo tanto, decir que la falta de ventas se debe a la escasez de dinero implica confundir los medios con la causa. Este error procede de que, en un primer momento, casi toda la producción es cambiada por moneda antes de convertirse nuevamente en producto. Así, el uso recurrente hace que la moneda aparezca ante la percepción vulgar como la más importante de todas las mercancías, como el fin y objeto de todas las transacciones, a pesar de que no es más que un medio. No debe decirse que la falta de ventas se debe a que la moneda es escasa, sino a que los productos lo son. El dinero nunca es escaso para conducir la circulación e intercambio mutuo de otros valores, siempre y cuando esos valores existan. Si para facilitar el incremento en el comercio hace falta una mayor cantidad de dinero, esa necesidad se satisface fácilmente, a la vez que sirve como señal indicativa de prosperidad. Es una prueba de que se ha creado una gran abundancia de valores que se desea intercambiar por otros. En esos casos, los comerciantes conocen bien el modo de encontrar sustitutos para la mercancía que sirve como medio de intercambio o moneda.² En consecuencia, la moneda enseguida fluye al mercado, porque toda la producción gravita naturalmente en la dirección que más se la demanda. Es una buena señal que la actividad sea demasiada para la moneda existente. De la misma manera, es un síntoma positivo que los bienes excedan la capacidad de los depósitos.

¹ Aun cuando el fin de obtener dinero sea atesorarlo o enterrarlo, el objetivo último siempre será emplearlo en alguna compra. Si el avaro no lo hace, lo harán sus herederos. Porque el dinero como tal tiene por único fin servir como medio de compra.

² Billetes pagaderos a la vista o después de una fecha determinada, billetes bancarios, créditos corrientes, write-offs, etcétera, como se estila en Londres o Amsterdam.

Cuando un producto superabundante no tiene salida, el papel que desempeña la escasez de moneda en la obstrucción de sus ventas es tan ínfimo que los vendedores aceptarían de buen grado recibir el valor en especie para su propio consumo al precio del día: no exigirían dinero ni tendrían necesidad de hacerlo, ya que el único uso que le darían sería transformarlo inmediatamente en artículos para su propio consumo.³

Esta observación puede extenderse a todos los casos donde exista una oferta de bienes o servicios en el mercado. La mayor demanda estará universalmente en los lugares donde se produzcan más valores, porque en ningún otro lugar se producen los únicos medios de compra, es decir, los valores. La moneda cumple sólo una función temporaria en este doble intercambio. Y cuando por fin se cierra la transacción, siempre se habrá intercambiado un bien por otro.

Vale la pena señalar que desde el instante mismo de su creación el producto abre un mercado para otros por el total de su propio valor. Cuando el productor le da el toque final a su producto, está ansioso por venderlo de inmediato, por miedo a que pierda valor en sus manos. De la misma manera, quiere deshacerse del dinero que recibe a cambio, ya que también el valor del dinero es perecedero. Pero la única manera de deshacerse del dinero es comprando algún otro producto. Por lo tanto, la sola creación de un producto inmediatamente abre una salida para otros.

Por esta razón, una buena cosecha favorece no sólo al agricultor, sino también a todos los comerciantes en general. Cuanto mayor sea la cosecha, mayores serán las compras que puedan hacer los agricultores. Por otra parte, una mala cosecha afecta la venta de todos los bienes. Lo mismo sucede con los productos de la industria y el comercio: el éxito de una rama del comercio provee medios de compra más abundantes. En consecuencia, abre un mercado para los productos de todas las demás ramas. Por otra parte, la recesión en un canal de la industria o del comercio afecta a todos los mercados.

Pero podríamos preguntarnos, si esto es así, ¿cómo es posible que en algunos casos exista tal sobreproducción de bienes en el mercado y sea tan difícil encontrarles una salida? ¿Por qué no puede intercambiarse uno de estos bienes superabundantes por otro? Mi respuesta es que la sobreproducción de un bien determinado es el resultado de que haya superado su propia demanda total, sea porque se lo ha producido en abundancia excesiva o porque se ha restringido la producción de otros bienes.

La sobreabundancia de algunos bienes se debe a una disminución en la producción de otros. Para usar una expresión más trillada, las personas compran menos porque han tenido menos ganancias.⁴ La disminución en sus ganancias puede deberse a dos motivos: han tenido dificultades en el empleo de sus medios productivos, o los medios mismos han sido deficientes.

³ Me refiero a su consumo total, sea éste improductivo y apunte a satisfacer las necesidades personales y familiares, o se reinvierta en la industria. El productor de algodón o lana opera un doble consumo de lana y algodón: a) para su uso personal; b) para proveer a su industria. Pero cualquiera que sea el propósito del consumo - la gratificación personal o la reproducción-, el productor necesita comprar lo que consume con lo que produce.

⁴ En toda descripción de la producción, desde el comerciante hasta el artesano obtienen sus ganancias individuales de la participación en los valores producidos.

Más aun, puede observarse que precisamente al mismo tiempo que un bien da pérdidas, otro bien está obteniendo ganancias excesivas.⁵ Tales ganancias operan como un fuerte estímulo para que se desarrolle esa clase particular de productos. Por lo tanto, para que por un lado se perpetúe esa escasez, y por otro se genere la sobreproducción resultante, necesariamente deben existir medios violentos, alguna causa extraordinaria, una convulsión política, o la avaricia o ignorancia por parte de la autoridad. En cuanto se elimina la causa de este mal político, los medios de producción son impulsados naturalmente por los canales vacantes, cuya nueva provisión devuelve la actividad a todos los demás. Si existiera libertad de producción, es poco probable que un tipo de producción superara a todas las demás y que sus productos se abarataran en forma desproporcionada.⁶

Si un productor se imaginara que muchas otras clases no productoras de bienes materiales son sus clientes y consumidores, de la misma manera que las clases que sí tienen productos propios (como, por ejemplo, funcionarios públicos, médicos, abogados,

⁵ El lector no tendrá dificultad en aplicar estos conceptos a cualquier circunstancia o país que conozca. Un ejemplo notable se dio en Francia en 1811, 1812, 1813, cuando los elevados precios de los productos coloniales, como el trigo y otros artículos, tenían su contrapartida en los bajos precios de muchos otros que no encontraban mercados rentables.

⁶ Hasta el momento, estas consideraciones han sido ignoradas casi totalmente a pesar de constituir el fundamento de conclusiones correctas en materia de comercio y de la regulación por parte de la autoridad nacional. En los casos en que afortunadamente se ha adoptado el curso adecuado, parece haber sido seleccionado por accidente, o, a lo sumo, por una idea confusa de su adecuación, sin que se tuviera convicción propia ni capacidad de convencer a otros.

Sismondi presenta la inmensa cantidad de productos industriales con los que Inglaterra ha inundado últimamente los mercados de otras naciones como prueba de que es posible que la industria sea demasiado productiva. (*Nouv. Prin.*, libro IV, cap. 4.) Pero el exceso de oferta así generado sólo es una prueba de la debilidad de la producción de los países que han sido inundados con productos ingleses. Si el Brasil produjera bienes con los cuales comprar los productos ingleses allí exportados, no habría habido oferta excedente en sus mercados. Si Inglaterra llegara a admitir la importación de productos de los Estados Unidos, encontraría allí un mayor mercado para sus propios productos. La exorbitancia de la carga impositiva sobre las importaciones y el consumo exigida por el gobierno inglés es una prohibición virtual que impide a sus súbditos importar muchos tipos de bienes. De este modo, se obliga al comerciante inglés a pagar a los países extranjeros precios superiores por aquellos bienes que pueden importarse, como el azúcar, el café, el oro, la plata, etc., ya que el precio de los metales preciosos tiene por contrapartida el bajo precio de sus propias mercaderías. Esto explica los beneficios miserables que obtiene el comercio.

No debe inferirse de lo dicho que no es posible que exista sobreproducción de un bien en relación con los demás. El tema que quiero aclarar es que nada favorece más la demanda de un producto que la oferta de otro. Que la importación de productos ingleses por el Brasil dejarla de ser excesiva, y sena fácilmente absorbida, si, por su parte, el Brasil produjera rendimientos suficientes. Para ello sería necesario que los órganos legislativos del Brasil e Inglaterra accedieran a liberar la producción y la importación, respectivamente. En el Brasil, todo está sujeto a monopolio, y la propiedad no está exenta de interferencia gubernamental. En Inglaterra, los altos derechos de importación constituyen una grave obstrucción para el comercio en la medida en que limitan las alternativas de ganancias. Conozco el caso de una valiosísima colección científica de historia natural que no pudo importarse del Brasil a Inglaterra por lo exorbitante de las tarifas.*

* La posición de Sismondi sobre el particular ha sido adoptada por Malthus; y la de éste, por Ricardo. Estas diferencias de opinión han suscitado una interesante discusión entre nuestro autor y Malthus, con quien recientemente ha cursado correspondencia sobre este y otros temas científicos. Para confirmar los argumentos expuestos en este capítulo, véase su *Lettre 1 á M. Malthus*.

Sismondi ha intentado, infructuosamente, replicar a Ricardo, pero no ha hecho mención de su antagonista original. Véase *Annales de Legislación*, N° 1, arr. 3, Ginebra, 1820. T.

religiosos, etc.), y de ello infiriera que existe un tipo de demanda distinta de la de los productores efectivos, sólo estaría exponiendo el sinsentido y la superficialidad de sus ideas. Cuando un cura va a un negocio a comprar una sotana o una sobrepelliz, toma el valor que necesita para efectuar la compra, en forma de dinero. ¿De dónde obtuvo ese dinero? De algún recaudador que lo exigió, a su vez, a un contribuyente. Pero, ¿de dónde lo consiguió el contribuyente? Del valor que él mismo produjo. Este valor -producido en primer término por el contribuyente, más tarde transformado en dinero, y, finalmente, dado al cura como sueldo- fue el que le permitió efectuar la compra. El cura ocupa el lugar del productor, que tal vez podría haber gastado el valor del producto por cuenta propia en la compra, no de una sotana o una sobrepelliz, sino de algún otro producto que le resultara más práctico. El consumo del producto particular, la sotana o la sobrepelliz, ha suplantado el de algún otro. Es casi imposible que la compra de un producto pueda verse afectada, de no ser por el valor de otro bien.⁷ De esta afirmación importante pueden deducirse las siguientes conclusiones:

1. Que en toda comunidad, cuanto más numerosos sean los productores, y cuanto más variada sea su producción, más ágil, numeroso y extenso será el mercado para esa producción. Además, se sigue naturalmente que los mercados serán más rentables para los productores, ya que los precios suben en la medida que crece la demanda. Sin embargo, esta ventaja debe derivarse sólo de la producción real, y no de la circulación forzada de los productos. Porque una vez que se ha creado un valor, no aumenta con el traspaso de una mano a otra, ni por ser confiscado y consumido por el gobierno, en lugar de los individuos. El hombre que vive de la producción de los demás no origina demanda alguna. Se limita a tomar el lugar del productor, en detrimento de la producción, como veremos más adelante.

2. Que cada individuo está interesado en la prosperidad general del resto, y que el éxito de una rama de la industria promueve el de todas las demás. De hecho, cualquiera que sea la profesión u ocupación a la que se dedique una persona, será mejor remunerado y le será más sencillo encontrar empleo, en función directa de la prosperidad de quienes lo rodean. Un hombre talentoso, que vegeta en un estado retrógrado de la sociedad, encontraría mil maneras de lucrar con sus habilidades en una sociedad próspera que pudiera acceder a emplear y recompensar su capacidad. Un comerciante establecido en una ciudad rica y poblada tendrá un volumen de ventas superior a uno que se instale en un barrio pobre, donde la población esté sumida en la indolencia y la apatía. ¿Qué podrían hacer un productor activo o un comerciante inteligente en una ciudad pequeña y desierta o semibárbara en algún

⁷ Al gastar el interés que devenga su capital, el capitalista gasta la porción de sus productos que generó el empleo de ese capital. Aun cuando gastara el capital, sólo estaría consumiendo productos, ya que el capital está compuesto por productos que, aunque estén dedicados al consumo reproductivo, son susceptibles de consumo improductivo. Tal es el uso que se les da cuando se los gasta o dilapida.

rincón remoto de Polonia o Westfalia? Si bien no deberían preocuparse por la competencia, apenas tendrían ventas, porque la producción sería mínima. Mientras que en París, Amsterdam o Londres, a pesar de enfrentar la competencia de cien comerciantes más en su misma rama, podrían operar en una escala superior. La razón es obvia: están rodeados de personas que producen en grandes cantidades, de infinidad de maneras, y que efectúan compras con sus respectivos productos, o sea, con el dinero que resulta de las ventas de lo que hayan producido.

Esta es la verdadera fuente de las ganancias que obtienen los habitantes de las ciudades sobre los que viven en el campo y viceversa. Una ciudad que se halle en medio de un campo próspero no necesita clientes ricos y numerosos. Por otra parte, la cercanía de una ciudad opulenta confiere valor adicional a los productos del campo. Dividir a las naciones en agrícolas, industrializadas y comerciales es arbitrario, ya que el éxito de un pueblo en la agricultura constituye un estímulo a su prosperidad industrial y comercial; y la condición floreciente de su industria y comercio también beneficia a su agricultura.⁸

La posición de una nación con respecto a sus vecinos es análoga a la relación de una de sus provincias con las demás, o a la del campo con la ciudad: a una nación le conviene la prosperidad de sus vecinos, porque la opulencia de éstos puede beneficiarla. Por eso el intento del gobierno de los Estados Unidos por civilizar a sus vecinos salvajes, los indios creek, alrededor del año 1802, fue una actitud muy sabia. El objetivo era introducir los hábitos de la industria entre los indios, con el fin de convertirlos en productores capaces de comerciar con los Estados Unidos, ya que nada se consigue comerciando con un pueblo que no tiene con qué pagar. Que una nación entre tantas se conduzca en forma coherente según principios liberales es útil y honorable para toda la humanidad. Los brillantes resultados de esta política iluminada mostrarán que los sistemas y teorías realmente destructivos y falaces son las doctrinas exclusivas y celosas que guían a los viejos gobiernos europeos. Igualmente negativas son las *verdades prácticas* que se derivan de esas teorías, por el solo motivo de ponerlas en práctica. Los Estados Unidos tendrán el honor de mostrar en la práctica que la verdadera política va de la mano de la moderación y la humanidad.⁹

⁸ Podemos afirmar con certeza que un establecimiento productivo que opere en gran escala animará la industria de toda la zona. Según Humboldt: "En México, la tierra mejor cultivada y la que trae a la memoria del viajero la parte más hermosa del paisaje francés es la llanura que va desde Salamanca hasta Silao, Guanajuato y Villa de León, y comprende las minas más ricas del mundo conocido. Donde se han descubierto las vetas de metal precioso -aun en la parte más desierta de las cordilleras, y en los puntos más estériles y aislados- la explotación de las minas, en lugar de interrumpir el curso del cultivo en la superficie, ha incrementado su actividad. A la apertura de una veta importante le sigue la erección de una ciudad. En sus alrededores se instalan establecimientos agrícolas. Y lo que antes fuera un lugar aislado en medio de montañas salvajes y desiertas pronto entra en contacto con las parcelas de tierra arada". *Essai Pol. sur la Nouv. Espagne*.

⁹ Estas verdades fundamentales se han hecho evidentes recién con el progreso de la economía política, no sólo a la percepción vulgar sino también a la de los observadores más distinguidos e iluminados. Voltaire ha escrito que "la humanidad es tal que el deseo patriótico de la grandeza del propio país no es más que el deseo de humillar a sus vecinos. Es claramente imposible que un país gane si no es a expensas de otro" (*Dict. Phil. Art. Patrie*) Extendiendo el mismo razonamiento falso, agrega que un verdadero ciudadano del mundo no puede querer que su país se

3. De este principio podemos derivar la siguiente conclusión: que la compra e importación de bienes del exterior no va en detrimento de la industria ni de la producción interna o nacional, ya que nada puede comprarse de los extranjeros si no es con productos domésticos que, a su vez, encuentran una salida en este comercio externo. Si se adujera que este producto extranjero podría ser pagado en especie, mi respuesta es que aunque la especie puede no ser un producto doméstico, necesariamente tiene que haber sido comprada con productos de la industria doméstica, de manera tal que, sea que los artículos extranjeros sean pagados en especie o con productos domésticos, ambos casos constituyen una salida para la industria nacional.¹⁰

4. El mismo principio nos lleva a la conclusión de que la promoción del consumo por sí mismo no produce beneficio alguno para el comercio, ya que la dificultad radica en obtener los medios, y no en estimular el deseo de consumir. Hemos visto que la producción es la única que provee esos medios. Por lo tanto, la meta de un buen gobierno debe ser estimular la producción; la de un mal gobierno, el consumo.

Por la misma razón que la creación de un nuevo bien implica la apertura de un mercado para otros productos, el consumo o la destrucción de un producto equivale a la eliminación de una salida para otros bienes. No es negativo que la finalidad del producto se cumpla mediante su destrucción, cuando esa finalidad sea la de satisfacer alguna necesidad humana o crear un nuevo producto orientado a tal satisfacción. De hecho, cuando una nación es próspera, la reproducción nacional bruta excede el consumo bruto. Los productos consumidos han cumplido su objetivo, como corresponde. Sin embargo, el consumo no abre mercado alguno, sino que tiene el efecto contrario.¹¹

Habiendo llegado a la conclusión clara de que la intensidad de la demanda general de productos varía en función de la producción, no necesitamos preocuparnos demasiado

extienda o se limite ni que sea más o menos rico. Es cierto que no querría que el país extendiera los límites de su dominio, porque al hacerlo pondría en peligro su propia existencia. Pero querrá que progrese en riqueza, ya que su prosperidad progresiva promueve la del resto de las naciones.

¹⁰ Este efecto se ha sentido en el Brasil especialmente en los últimos años. Las cuantiosas importaciones de productos europeos que la libre navegación ha dirigido hacia los mercados brasileños han favorecido de tal manera la producción y el comercio nativos que los productos brasileños han registrado sus mejores ventas. He ahí un ejemplo en el que la importación ha beneficiado a una nación. Tal vez le hubiera convenido al Brasil que los precios de sus productos y las ganancias de sus productores hubieran crecido en forma más lenta y gradual, ya que los precios exorbitantes nunca conducen al establecimiento de relaciones comerciales permanentes. Es mejor obtener ganancias de la multiplicación de los productos propios que del incremento en los precios.

¹¹ Si el consumo improductivo de un producto fuera, en sí mismo, contrario a la reproducción, e implicara una disminución *pro tanto* de la demanda o mercado existente para los productos, ¿cómo podríamos calificar a ese grado de insania que induciría a un gobierno a quemar y destruir intencionalmente los bienes importados, aniquilando así la única ventaja que tiene el consumo improductivo, es decir, la gratificación de las necesidades del consumidor?

por averiguar qué canal de la industria o de la producción puede orientarse de manera más beneficiosa. Los productos fabricados crean distintos niveles de demanda, según las necesidades, los hábitos, el capital comparativo, la industria y los recursos naturales de cada país. La competencia entre los compradores es la que hace que el artículo más demandado importe el mayor interés monetario al capitalista, las mayores ganancias al empresario y los mejores salarios a los trabajadores. Estas ventajas atraen naturalmente a sus respectivos servicios y los orientan hacia esos canales particulares.

En una comunidad, ciudad, provincia o nación que produzca en forma abundante, y que constantemente agregue a la suma de sus productos casi todas las ramas del comercio, la producción y la industria en general, se producirán rendimientos abundantes porque hay mucha demanda, y porque siempre existe una gran cantidad de productos en el mercado listos para competir por nuevos servicios productivos. Por lo contrario, cuando en virtud de los errores de la nación o de su gobierno, la producción se estanca, o crece a un ritmo inferior al consumo, la demanda va decreciendo gradualmente. El valor del producto es inferior a los costos de su producción. Ningún es fuerza de producción es recompensado en forma adecuada. El empleo de capital se vuelve más beneficioso y más peligroso; y se va consumiendo gradualmente, no por extravagancia, sino por necesidad, y porque las fuentes de ingresos están agotadas.¹² Las clases trabajadoras sufren una necesidad laboral. Las familias que previamente se encontraran en circunstancias tolerables, se hallan ahora más restringidas y limitadas. Quienes anteriormente tuvieran dificultades, quedan en la más absoluta indigencia. La despoblación, la miseria y el regreso a la barbarie reemplazan a la abundancia y la felicidad.

Este es el resultado de la producción decreciente, que sólo puede ser revertido con frugalidad, inteligencia, actividad y libertad.

¹² Este tipo de consumo no alienta la producción futura, sino que devora productos ya existentes. No puede originarse demanda adicional hasta tanto se ofrezcan nuevos productos. Hasta entonces, sólo se intercambiará un producto por otro. Tampoco es posible que una rama de la industria sufra sin que ello afecte al resto.